

# Libro de Job

Versión de  
**Francisco Serrano**



**Cien del  
Mundo**

# EL LIBRO DE JOB

VERSIÓN DE FRANCISCO SERRANO

*Fragmentos*

Hay quien considera *El Libro de Job* no sólo la cumbre del genio poético hebreo, un ejemplo supremo entre los antiguos textos sapienciales, sino el poema más alto de todas las literaturas, por encima de Homero, Dante, Virgilio, *La Bhágavad Gita* o Shakespeare. La apreciación es excesiva, sin duda. De cualquier modo se trata de una obra maestra excepcional, admirable fusión de narrativa popular, alto lirismo, lamento individual, oráculo profético, tragedia filosófica y poema didáctico. Jorge Luis Borges decía que si hay un libro que merezca el nombre de sublime, ése es el *Libro de Job*.

El poema relata las vicisitudes de un jeque idumeo<sup>1</sup> poderoso y respetado, un sabio cuya piedad extraordinaria es mencionada por el profeta Ezequiel, comparándolo con Noé y David, que vivió en los confines de Arabia y Edom –región célebre por sus sabios– a quien el Dios hebreo Yahvé, o Jehová, permite que Satanás torture física y mentalmente para probar su integridad y su fe.

Se sabe muy poco acerca del autor. Algunos creen que data de la época de los patriarcas; otros, los menos, que era anterior a Moisés y que éste lo tradujo de algún dialecto semítico al hebreo. La mayoría cree que fue escrito cinco o seis siglos antes de nuestra era. Varios orientistas piensan que el hecho de que un jefe tribal edomita sea interpelado por el Dios de los hebreos sugiere que el poema fue escrito en una fecha anterior al siglo VI a. C. y basan su suposición en que la desconfianza que los israelitas sentían hacia los edomitas se acentuó durante el exilio que siguió a la toma de Jerusalén por Nabucodonosor, en 587 a. C.

Según don Francisco de Quevedo el personaje se llamaba Jobab antes de su aventura; se le quitaron las dos letras finales a su nombre y quedó Job, que significa “el afligido, el que llora”. El poema presenta similitudes con los oráculos de Isaías y las *Lamentaciones* de Jeremías.

Se ha señalado también la influencia de la tragedia griega o de los *Diálogos* de Platón en la composición de *El libro de Job*. Borges anota que Milton en un diálogo entre Cristo y Satán, en el *Paraíso recobrado*, hace decir al primero que el *Libro de Job* es “una tragedia aún superior a las Esquilo y las de Sófocles”. H.G. Wells, el autor de *La máquina del tiempo*, especulaba que el poema es posterior a los *Diálogos* y que el autor los había conocido. Nada de esto ha sido probado. Y aunque hay eruditos que creen que el autor de *El libro de Job* era un semita familiarizado con la religión y la literatura hebreas, la mayoría se inclina a pensar que es obra de un poeta judío. El libro no tiene sin embargo un ambiente

hebreo y está plagado de elementos extranjeros. El autor, en todo caso, parece haber conocido bien Egipto.

La obra comienza y concluye con dos breves narraciones en prosa, un prólogo y un epílogo, provenientes probablemente de un antiguo cuento popular que narraba la historia de un gran justo que se había mantenido fiel a Dios durante una prueba excepcional; estas narraciones enmarcan la parte central, en verso: un extenso diálogo ente el héroe y tres de sus amigos (eventualmente aparecerá un cuarto<sup>2</sup>), y al final la intervención del propio Dios.

El argumento es el siguiente: para probar la piedad de Job, un sabio no hebreo, el Dios de Israel permite que Satán<sup>3</sup> le arrebaté todas sus posesiones, que dé muerte a sus hijos y que inficione su cuerpo con una llaga pestilente y virulentísima, sarna o lepra. Enfrentado a la pérdida de sus bienes materiales, de su familia y de su salud, Job se niega no obstante a maldecir a Dios. Tres amigos, tres sabios de la tierra de Edom, llegan para consolarlo, y tratan de que Job reconozca que su estado se debe a alguna falta que ha cometido. Él se niega a aceptarlo y entonces sus amigos lo recriminan, cada vez con mayor acritud, por lo que consideran su impiedad y su orgullo intolerables. Finalmente Dios le habla a Job desde un torbellino. Lo refuta, haciendo evidente su ignorancia, pero no le da ninguna explicación, no se justifica en lo más mínimo ante él, no le da la menor cuenta de su trato con el diablo y no le ofrece ninguna respuesta “razonable” o satisfactoria por la prueba que le ha hecho pasar. Solamente declara su poder, planteándole una serie de preguntas sin respuesta sobre los misterios del universo. Dado que Job es incapaz de responder a estas cuestiones sobre la actividad divina y las maravillas de la naturaleza, ¿cómo puede Dios explicarle la profundidad de sus tratos con el hombre?

Existen muchas lecturas de *El libro de Job*. Una, que prevaleció durante siglos, nos hace saber Borges, sostiene que es una especie de fábula sobre el estoicismo: el hombre que sufre, que debe sufrir, y que pese a todo no pierde su fe. Otra se plantea como una indagación del problema del mal: ¿a qué se debe el sufrimiento injustificado del inocente?, ¿por qué existe el mal en el mundo? Una tercera señala que Dios es inexplicable e inescrutable y que su naturaleza no puede ser comprendida por el hombre. Los hombres somos incapaces de pensar a Dios en términos humanos, es imposible, e inútil, aplicar una medida humana a la divinidad. El universo existe y en él existen nuestra desdicha y nuestra felicidad, no sabemos por qué.

El personaje que describe el poema es todo lo contrario de la imagen que la iglesia ha querido popularizar. No es el resignado y paciente siervo de Dios, sino un ser humano angustiado e indignado que padece lo que a su juicio es un castigo injusto y que protesta con violencia por el modo como Dios lo trata. Job está convencido de su inocencia y no acepta, no puede aceptar, pese a la insistencia de sus amigos, que los males que padece sean consecuencia de su maldad.

Las personalidades de los tres amigos están muy bien trazadas. Elifaz aparece como un místico versado en la tradición profética. Bildad, como un sabio que se apoya en la autoridad irrefutable de la tradición. Zofar es un dogmático impaciente y suelto de lengua que expone lo que él considera son las vías incomprensibles de Dios. Los tres amigos atormentan a Job con sus incitaciones al arrepentimiento y a la sumisión. Job replica que todo se debe a un capricho de Dios y clama por la posibilidad de ir a un juicio con quien lo tortura sin motivo. Exige incluso la posibilidad de que un tercer actor, un testigo imparcial intervenga para protegerlo de lo que considera un abuso del poder irrestricto de Dios, que, como dice Quevedo, “encarcelábale el corazón en la congoja”.

El tema central del poema, la agonía de un hombre que se siente perdido en un universo insensato y que percibe que ha sido abandonado por todos, incluso por la divinidad, le confiere toda su vigencia. Lo que atormenta a Job, y al autor del poema, es la cuestión de la justicia y el honor del hombre en busca de su Dios, esto es, del sentido superior de la existencia. Más allá de cualquier sutileza teológica, el conflicto que plantea es de carácter moral: ¿por qué existe un sentido ético que nos dice que debemos obrar de un modo y no de otro?

Hace años llegó a mis manos un libro, editado en Morelia, que contenía un muy interesante aunque irregular y fragmentario traslado en verso de *El libro de Job*. Su autor era José Luz Ojeda, un católico avergonzado de sus lecturas protestantes. Se trataba de una versión en atildados endecasílabos y otros metros no siempre bien medidos, basada principalmente en la *Biblia de Jerusalén*. Pese a las evidentes limitaciones de la publicación, leyéndola me persuadí que era factible el intento de versificar en español la totalidad del poema.<sup>5</sup> Durante lustros fue sólo un proyecto, siempre diferido. Finalmente, gracias al apoyo del Sistema Nacional de Creadores de Arte, encontré el tiempo y la disposición para realizarlo.

Desconozco el hebreo: no puedo leer el texto original; ignoro también el latín y el griego.<sup>4</sup> Mi versión se limita pues a los textos que pude consultar en español y otras lenguas modernas. Seguí la traducción de Casiodoro de Reina, revisada por Cipriano de Valera. Cotejé la “admirable versión inglesa” (Borges) del siglo XVII, conocida como *La Biblia del Rey Jacobo*, y desde luego la intrincada traducción literal de Fray Luis de León, en la que el gran escritor se propuso “conservar el sentido latino y el aire hebreo”, y algunos trozos transcritos por Quevedo. También revisé la espléndida y documentada traducción del orientalista francés Ernest Renan, y una curiosa versión francesa de una traducción etíope que encontré en la Biblioteca Nacional de Francia. Tuve igualmente a la vista *La Biblia de Jerusalén* y las versiones de Nácar y Colunga y de Torres Amat.

En mi versión intenté, como Fray Luis hace 500 años, hacer que las palabras “hablaran en castellano y no como extranjeras y advenedizas, sino como nacidas en él y naturales”. Procuré conservar del poema la fluidez y la fuerza que emanan de sus imágenes, correspondencias y metáforas, sin apartarme demasiado de la inmediatez inigualable de su lenguaje. Desearía que, a pesar de mis deficiencias, algo de la *sublime* belleza del original se alcanzara a traslucir. Los lectores dirán qué tanto lo logré.

---

<sup>1</sup> Idumea, llamada en la Biblia y en las tablillas del Tell-el-Amarna *Edom*, que significa rojo, era una región de Asia, entre Palestina y el Golfo de Akaba, en la península arábiga.

<sup>2</sup> Algunos estudiosos piensan que la intervención de este cuarto personaje, llamado Eliú, es una interpolación posterior a la redacción original del poema. En todo caso no aparece ni en el prólogo ni en el epílogo.

<sup>3</sup> Este Satán, (El Acusador) que aparece en el relato es un ángel (un “hijo de Dios” dice el prólogo) con quien Dios conversa y tiene tratos, un miembro distinguido de las cohortes celestiales. Satán actúa como agente provocador para probar, con el permiso divino, si la piedad de Job es auténtica o fruto del interés.

<sup>4</sup> “El hebreo del *Libro de Job* es el más límpido, ceñido y clásico del estilo antiguo”, escribió Renan.

<sup>5</sup> Fray Luis tradujo en verso sólo 13 cantos.

# EL LIBRO DE JOB

*Fragmentos*

Y después Job abrió la boca y maldijo su día.

Y Job exclamó, y dijo:

Que perezca el día en que yo nací,  
la noche en que se dijo: concibieron a un hombre.

¡Que sea de tinieblas ese día,  
que Dios en las alturas no se acuerde de él,  
que no brille sobre él ninguna luz!

¡Que lo afrenten la sombra y las tinieblas,  
sobre él caigan las nubes

y lo ultraje un eclipse!

¡La oscuridad ocupe aquella noche!

¡Que no se sume con los días del año,  
que no cuente en la cuenta de los meses!

¡Que esa noche se quede entre las sombras  
y nunca la visite la alegría!

Que la maldigan esos que maldicen los días,  
los que se aprestan a soltar el llanto.

Que se velen las estrellas de su alba,  
que espere luz y que la luz no llegue,  
que no vea los ojos de su aurora.

¿Por qué no cerró el vientre de mi madre  
para impedirme ver tanto dolor?

¿Por qué razón no me morí en el útero,  
por qué no perecí en mi nacimiento?

¿Por qué me sostuvieron las rodillas  
y hubo dos pechos para que mamara?

Descansaría ahora en paz, impávido,  
reposaría en un profundo sueño  
con los reyes y grandes de la tierra  
que erigen para sí sus mausoleos,  
o quizá con los príncipes, propietarios del oro,

que acumulan la plata en sus palacios.  
¿Por qué no fui ocultado, como aborto,  
como los pequeñitos que no vieron la luz?  
Allí acaba el tumulto de los malos,  
reposan los exhaustos,  
los cautivos, al fin, están tranquilos:  
ya no escuchan la voz del capataz.  
Allí chicos y grandes son lo mismo  
y el esclavo se ve libre de su amo.  
¿Para qué dar a luz a un desdichado  
y vida a los que sufren amargura,  
a los que aman la muerte, que no llega  
aunque la busquen más que los tesoros;  
a los que se deleitan cuando hallan el sepulcro  
y se gozan delante de la tumba;  
a un hombre al que cerraron el camino  
y a quien su Dios ha hecho prisionero?  
Como mi pan se han vuelto mis suspiros,  
y como el agua corren mis lamentos.  
Temo al mismo temor de lo que ocurre,  
me ha sucedido lo que más temía;  
no hay para mí tranquilidad ni calma,  
ningún reposo: sólo turbación.

4

Y Elifaz de Temán respondió y dijo:  
Si te habláramos, ¿lo soportarías?  
Mas ¿quién puede contener las palabras?  
Tú, que dabas lecciones a los otros  
y vigor a las manos decaídas,  
que confortaste a los que vacilaban  
y a rodillas endebles sostuviste,

hoy que el daño te hiere, ¿pierdes fuerza?  
¿Te alcanza el golpe a ti y ahora te turbas?  
¿Tu rectitud no ha sido tu esperanza,  
tu confianza lo puro de tu vida?  
Recapacita: ¿quién, jamás,  
siendo inocente, se ha perdido?  
¿Dónde han sido los justos extirpados?  
Así lo he visto: los que siembran vientos  
cosechan tempestades,  
perecen bajo el hálito de Dios,  
son consumidos por su ardiente ira.  
Ruge el león y brama la leona:  
los dientes del cachorro quedan rotos.  
Muere el viejo león, falto de presa,  
los cachorros de la leona se dispersan.  
Me fue dicha en secreto una palabra:  
mi oído ha percibido su murmullo.  
Cuando los sueños vienen por la noche  
y el cansancio cae sobre los hombres,  
de mí se apoderó un temblor extraño,  
todos mis huesos fueron sacudidos,  
se erizaron los vellos de mi carne,  
sentí sobre mí un soplo, y al instante  
vi un espectro delante de mis ojos  
cuyo semblante yo no conocía,  
y oí que en voz muy baja me decía:  
“Delante del Señor, ¿el hombre es justo?  
¿Ante su Autor, el hombre es inocente?  
No se fía ni de sus propios siervos,  
y halló culpables aun hasta a sus ángeles;  
¡cuánto más a los huéspedes  
de esas casas de arcilla fundadas sobre el polvo

y a los que aplasta como a las polillas!  
Son destruidos del alba hasta el ocaso,  
para siempre se pierden, sin advertirlo nadie.  
¿No se acaba con ellos su hermosura?  
Mueren privados de sabiduría.”

5

Ahora te lamentas: ¿habrá quien te responda?  
De los santos, ¿a cuál acudirías?  
Porque el despecho mata al insensato  
y la envidia consume al codicioso.  
Yo he visto cómo el necio echó raíces  
y ahí mismo maldije su morada.  
¡Que estén lejos sus hijos de toda salvación,  
destruidos en la puerta, sin hallar quién los libre,  
los hambrientos devoren sus cosechas,  
las consuman las plagas  
y se beban sus bienes los sedientos!  
Porque la iniquidad no proviene del polvo  
ni brota de la tierra la desdicha.  
Como en el aire vuelan las centellas,  
el hombre nace para la aflicción.  
Yo en tu lugar a Dios me volvería  
para poner mi causa entre sus manos.  
Es autor de imponentes maravillas,  
de obras inescrutables e infinitas.  
Él derrama la lluvia sobre el campo  
y fecunda la tierra con sus aguas.  
Ensalza a los humildes y sana a los postrados,  
desbarata la trama del artero  
y sus manos no logran sus intrigas.  
Aprisiona a los sabios en su astucia

y entorpece el consejo del malvado.  
En el día se topan con tinieblas  
y a plena luz andan a tientas  
como si fuera noche.  
Él salva al arruinado del injusto  
y al pobre de las manos del violento.  
Es la esperanza del menesteroso  
y la injusticia cerrará su boca.  
¡Dichoso el hombre a quien su Dios corrige!  
La lección del Señor no menosprecies,  
pues si él hiere, él venda las heridas,  
golpea y luego cura con la mano.  
Te libraré seis veces de la angustia  
y la séptima te eximirá del mal.  
Te salvará, durante el hambre, de la muerte,  
y en la guerra del filo de la espada.  
Estarás a cubierto del puñal de la lengua,  
no temerás el fin cuando se acerque.  
Te reirás de la helada y la sequía,  
sin temer a las bestias de la tierra,  
pues te aliarás con las piedras del campo  
y pactarás la paz aun con las fieras.  
Y sabrás que tu tienda está a resguardo,  
recorrerás tu casa y no faltará nada.  
Sabras que tu progenie es numerosa  
y tu simiente como la hierba de la tierra.  
Llegarás a la tumba vigoroso  
como el montón de trigo gavillado a su tiempo.  
Esto es lo que hemos observado: así es.  
A ti te toca oír y aprovecharte.

Y Job respondió, y dijo:

¡Si pudiera pesarse mi desdicha,  
medirse en la balanza mi tormento!

Serían más pesados que la arena del mar:  
por eso mi palabra se extravía.

Las flechas del Señor en mí se clavan,  
mi espíritu ha bebido su veneno;  
los terrores de Dios se han desplegado  
en orden de batalla contra mí.

¿El onagro rebuzna ante la hierba?,  
¿muge el buey junto al pasto?  
¿Se comerá lo insípido sin sal?,  
¿tiene algún gusto la clara del huevo?

Lo que incluso tocar me repugnaba  
eso mismo es ahora mi alimento.

¡Ojalá se cumpliera lo que espero  
y la mano de Dios me deshiciera,  
y que él condescendiera en aplastarme,  
que soltara la mano y me segara!

Pues tendría siquiera este consuelo  
y goce en las desdichas que me abrumen:  
que yo no he conculcado los decretos del Santo.

¿De dónde sacar fuerza y resistir?  
¿Hasta cuándo tendrá que aguantar mi alma?

¿Es mi fuerza la fuerza de una roca  
o es mi carne de acero?

¿Hay alguno acaso que me ayude?

¿No está mi apoyo en nada?

Al triste lo consuelan sus amigos,  
pero ustedes se olvidan del temor del Señor.

Mis hermanos me engañan, como engaña el torrente,

igual que las corrientes impetuosas que pasan  
ocultas por el hielo, cubiertas por la nieve;  
pero en tiempo de secas se evaporan,  
con el ardor del sol desaparecen.  
Por ellas se desvían las caravanas,  
recorren el desierto y se extravían.  
Las buscan caravanas de Temán,  
mercaderes de Saba.  
Pero al llegar hasta ellas se confunden  
y se encuentra burlada su esperanza.  
Como ellas son ahora ustedes para mí,  
que ven algo terrible y tienen miedo.  
¿Quizá les dije: “Denme?  
¿Sacrifiquen por mí sus posesiones?  
¿Rescátenme de manos del violento?  
¿Líbrenme del poder del opresor?”  
Explíquenme: así yo me callaré,  
háganme ver en qué me he equivocado.  
¡Qué fuertes son las palabras ecuánimes!  
Pero ¿qué prueban sus críticas?  
¿Piensan ustedes censurar palabras,  
pues los discursos de un desesperado  
son sólo como el viento?  
Se arrojan sobre el huérfano  
y aun especulan con su propio amigo.  
Mírenme ahora, se los ruego, y juzguen  
si les miento en su cara.  
Consideren de nuevo mi inocencia.  
Vuelvan pues, sin recriminaciones.  
¿Hay maldad en mis labios? ¿No distingue  
mi paladar las cosas malas?

El hombre tiene el tiempo  
contado sobre la tierra, y sus días  
son como los días del jornalero.\*  
Lo mismo que el esclavo busca sombra  
y el jornalero espera su salario,  
así meses de escarnio son mi herencia  
y mi cuenta las noches de dolor.  
Si me acuesto me digo: “¿Vendrá el día?”;  
si me levanto: “¿Llegará la noche?”,  
y me siento angustiado hasta el crepúsculo.  
Mi carne está cubierta de gusanos  
y de costras de polvo,  
mi piel se agrieta, purulenta.  
Raudos como la lanzadera  
del tejedor fueron mis días:  
terminaron sin esperanza.  
Recuerda que mi vida es sólo un soplo,  
que mis ojos ya no contemplarán el bien.  
Los ojos que me miran ya nunca me verán;  
pondrás en mí la vista y ya no existiré.  
Las nubes se disipan y se van:  
lo mismo le sucede  
al que baja al sepulcro: ya no sube;  
no volverá a su casa  
ni en su lugar lo reconocerán.

---

*\*Otra lectura posible de estos versos:*

¿No es acaso una guerra la que libra  
el hombre sobre la tierra, y sus días  
como días de mercenario?

Por eso no refrenaré mi lengua,  
hablaré con la angustia de mi espíritu,  
me quejaré con la aflicción de mi alma.  
¿Acaso soy el mar, o la ballena  
para que pongas diques contra mí?  
Digo: “Mi cama me confortará,  
mi lecho atenuará mis quejas”,  
y entonces con visiones terribles me quebrantas,  
me perturbas con sueños.  
Por eso mi alma prefirió la muerte,  
mis huesos claman por la desaparición.  
Me disuelvo: no he de vivir por siempre,  
déjame, pues mis días son sólo vanidad.  
Qué es el hombre para que lo engrandezcas  
y que pongas en él tu corazón  
y lo visites todas las mañanas  
y a cada instante lo escudriñes?  
¿Hasta cuándo me dejarás?,  
¿me darás tiempo de tragar saliva?  
Incluso si pequé, ¿qué te he hecho a ti,  
oh guardián de los hombres?  
¿Por qué me has hecho blanco tuyo  
y un fardo para mí?  
¿Por qué no desvaneces mi delito  
y perdonas mi falta?  
Porque ahora me acostaré en el polvo,  
me buscarás y ya no existiré.

8

Y respondió Bildad de Suaj, y dijo:  
¿Hasta cuándo vas a dejar de hablar así  
y serán las palabras de tu boca

igual que un ventarrón?  
¿Acaso desviará Dios el derecho,  
el Todopoderoso torcerá la justicia?  
Si tus hijos pecaron contra él  
los dejó ya a merced de su delito.  
Mas si tú te apresuras a recurrir a Dios  
y le ruegas al Todopoderoso,  
si eres irreprochable y recto,  
velará desde ahora sobre ti  
y hará el hogar de tu justicia próspero.  
Tu pasado parecerá anodino  
al lado de tu espléndido futuro.  
Pregunta tú a los hombres del pasado,  
medita en la experiencia de los padres,  
que nosotros, de ayer, nada sabemos:  
sombras son nuestros días en la tierra.  
Pero ellos te instruirán, y te hablarán,  
y de su corazón sacarán sus palabras.  
¿Brotó el papiro fuera del pantano?,  
¿puede crecer el junco sin el agua?  
Aun arrancados verdes todavía  
se marchitan primero que otras plantas.  
Igual es el destino de los que a Dios olvidan,  
morirá la esperanza del impío,  
pues su confianza es nada más que un hilo,  
tela de araña su seguridad.  
Se apoyará en su casa y no lo sostendrá,  
querrá aferrarse a ella, y no resistirá.  
Regados bajo el sol  
sobre su huerto brotan sus renuevos;  
sobre un montón de piedras se enlazan sus raíces,  
se entretejen hasta un lugar rocoso.

Pero cuando lo arrancan de su sitio,  
éste lo negará: “Nunca lo he visto”.  
Y ése será el contento del camino  
mientras germinan otros de la tierra.  
Dios no desprecia al justo  
ni presta mano fuerte a los malvados.  
De risa ha de colmar aún tu boca  
y tus labios de júbilo.  
Pues los que te aborrecen van a ser confundidos,  
y se vendrá por tierra la casa del impío.

9

Y Job respondió, y dijo:  
Yo sé bien que es así: ¿cómo podría  
pretender ante Dios ser justo un hombre?  
A quien intente contender con él  
no podrá responderle ni una vez entre mil.  
Él es el sabio, el poderoso, el fuerte.  
¿Quién le hizo frente y salió bien librado?  
Él arranca los montes con su furia  
y no conocen quién los trastornó;  
él remueve la tierra de su sitio  
y hace que se estremezcan sus columnas.  
Él lo manda y el sol no se levanta  
y guarda bajo un sello las estrellas.  
Él solo desplegó los cielos  
y holló el lomo del mar.  
Él creó la Osa, Orión, las Pléyades  
y las secretas Cámaras del Sur.  
Es el autor de cosas grandiosas e insondables,  
de innumerables maravillas.  
Si pasa junto a mí, no puedo verlo,

si se desliza, no lo advertiré.  
Si coge alguna presa, ¿quién lo impide?  
¿Quién puede preguntarle: ¿qué es lo que haces?  
Dios no cede en su cólera;  
bajo él quedan postradas las tropas del soberbio.  
¡Cuánto menos podré yo defenderme  
y hablarle con palabras estudiadas!  
Que aunque fuera yo justo no sabré responderle,  
y a mi juez tendría que suplicar.  
Aunque lo llame y me responda  
no creeré que haya oído mi voz.  
Porque Dios me ha aplastado sin motivo,  
sin razón multiplica mis heridas  
y no me deja ni tomar aliento.  
En cambio, me ha hartado de amargura.  
Si se trata de fuerza, él es el poderoso,  
si de justicia, ¿quién me emplazará?  
Si me justificara, mi boca me condena,  
si me digo intachable, me declara perverso.  
Y aunque fuese perfecto,  
yo mismo ignoro mi alma y desprecio mi vida.  
Pero todo da igual, por eso digo:  
al justo y al inicuo él los consume.  
Si su azote acarrea la muerte de improviso,  
se ríe de la angustia de la gente inocente.  
En un país sujeto al poder de un impío,  
él vela el rostro de sus jueces;  
si no es él, ¿quién? Mis días  
han sido más ligeros que un correo;  
se fugaron, y no vieron el bien.  
Pasaron como barcas, rápido,  
como el águila que cae sobre su presa.

Si digo: “Olvidaré mi pesadumbre  
cambiaré de semblante, estaré alegre”,  
me asalta la aprensión de mis pesares,  
sé que no me tendrás por inocente.  
Soy culpable: ¿a qué esforzarme en vano?  
Aunque me lave con el agua más pura  
y me limpie las manos con lejía,  
tú me hundes en el lodo  
y mis propios vestidos se horrorizan de mí.  
Él no es un hombre, como yo,  
para que le responda,  
para comparecer juntos en un juicio.  
Entre nosotros no hay un árbitro  
que interponga su mano entre los dos  
y que aparte su vara sobre mí  
para que no me espante su terror.  
Entonces hablaré sin ningún miedo,  
así no estoy en mí.

...

13

Sí, todas estas cosas las han visto mis ojos  
y oído y entendido de por sí mis oídos.  
Lo sé mejor que ustedes,  
no soy menos en nada.  
Pero yo le hablo al Todopoderoso,  
es con Dios con quien quiero razonar.  
Porque ustedes no son más que habladores,  
todos médicos nulos.  
¡Si al menos se callaran,  
eso sería su sabiduría!

Escuchen mi alegato, se los ruego,  
atiendan las razones de mis labios.  
¿En defensa de Dios dirán mentiras,  
pretenden ser injustos por su causa?  
¿Así litigarán a su favor,  
de Dios se harán los abogados?  
Bueno sería que él los escrutara.  
¿Van a engañarlo, a él,  
como se engaña a un hombre?  
Él los corregirá, seguro, si en secreto  
favorecen a alguno.  
¿Su majestad no los espanta,  
y su temor no les impone?  
Máximas de ceniza serán sus argumentos  
y discursos de lodo sus discursos.  
¡Dejen de incomodarme. Escúchenme,  
porque voy a hablar yo,  
venga lo que viniere!  
Porque yo tomaré mi carne entre mis dientes  
y pondré mi alma entre mis manos.  
Él me puede matar: en él esperaré;  
ante él defenderé mi causa.  
Y eso mismo será mi salvación,  
porque no comparece en su presencia  
el hipócrita. Escuchen,  
escuchen mis palabras,  
presten oído a mi declaración.  
Atiendan: me preparo a un proceso  
porque sé que seré justificado.  
¿Quién quiere litigar conmigo?  
Si ahora guardo silencio, moriría.  
Solamente dos cosas te pido que me ahorres

y no me esconderé de tu presencia:  
que retires la mano que me oprime  
y que no me liquide tu terror.  
Argumenta, que yo responderé;  
o yo hablo, y me contestas tú.  
¿Cuántos son mis errores y pecados?  
explícame: mi falta ¿cuál ha sido?,  
¿y cuáles mis delitos?  
¿Por qué escondes tu rostro?  
¿Me consideras tu enemigo?  
¿Intimidadas a una hoja alzada por el viento  
y te ensañas contra una paja seca?  
Escribes contra mí cosas amargas  
y me imputas los yerros  
de mi desvanecida juventud.  
Pones cepo a mis pies  
vigilando mis pasos  
y midiendo las huellas de mis pies.  
Mi cuerpo se deshace como un leño,  
como un traje que carcome la polilla.

14

Nacido de mujer, corto de días,  
harto de infortunios, el hombre  
como las flores brota y se marchita,  
y pasa como sombra que no vuelve.  
¿Y sobre un ser así fijas los ojos  
y lo llamas a juicio?  
¿Mas quién puede sacar  
lo puro de lo inmundo? ¡Nadie!  
Es verdad que sus días están determinados,  
que conoces la cuenta de sus meses,

que le has fijado un límite  
que no traspasará.  
Si tú lo abandonaras,  
él dejará de ser.  
Y entretanto ansiará  
su día, como el jornalero.  
El árbol tiene siempre una esperanza:  
cortado, puede renacer un día  
y sus retoños seguirán brotando;  
aún si envejeciera en tierra su raíz  
y su tronco en el polvo se secase,  
apenas siente el agua, reverdece  
y echa follaje, como planta joven.  
Pero el hombre, si muere, queda inerte.  
¿A dónde se va el hombre cuando muere?  
Pueden faltar las aguas de los mares,  
los ríos cegar sus fuentes y secarse,  
así el hombre que cae  
no vuelve a levantarse.  
Se acabarán los cielos  
antes que él se despierte de su sueño.  
¡Ojalá me llevaras al sepulcro  
y que allí me ocultaras  
mientras pasa tu cólera,  
y una tregua me dieras  
para acordarte de mí luego!  
Porque si el hombre muere  
no puede revivir.  
El tiempo de mi vida esperaré  
hasta que venga mi relevo.  
Me llamarás y yo responderé  
cuando reclames la obra de tus manos.

Pues en vez de medir mis pasos como ahora  
ya no tendrás en cuenta mis pecados,  
dentro de un saco meterás mis faltas  
y no condenarás mi iniquidad.  
El monte acabará por derrumbarse  
y las peñas serán cambiadas de lugar,  
el agua horadará las piedras  
e inundará el torrente las parcelas:  
así haces perecer la esperanza del hombre.  
Lo aplastas para siempre, y él se va,  
desfiguras su rostro y lo despides.  
Honrarán a sus hijos, y él nunca lo sabrá,  
o serán humillados, y no se enterará.  
Mas su carne por él padecerá,  
por él llorará su alma.

15

Y respondió Elifaz de Temán, dijo:  
¿Responde el sabio con palabras de aire,  
hincha su pecho con el viento cálido?  
¿Replicará con vanos argumentos  
y discursos inútiles?  
Tú desestimás la piedad  
y menosprecias la oración ante Dios.  
Porque tu culpa inspira tus palabras  
y adoptas el lenguaje del malvado.  
Es tu boca, no yo, quien te condena,  
tus labios testifican contra ti.  
¿Naciste antes que Adán?  
¿Te engendraron primero que a los montes?  
¿Has escuchado acaso los secretos de Dios?  
¿Quizá acaparás la sabiduría?

¿Qué sabes que nosotros no sepamos?,  
¿o qué comprendes que se nos escape?  
También entre nosotros hay un viejo,  
un anciano con muchos más años que tu padre.  
¿En tan poco valoras el consuelo divino?  
¿Algo ocultas en ti?  
¡Cómo se te arrebató el corazón,  
cómo tuerces los ojos  
cuando revuelves contra Dios tu furia  
y esas palabras salen de tu boca!  
¿Puede ser puro un hombre?,  
se justificará el nacido de hembra?  
Si ni en sus santos Dios confía  
ni son puros los cielos delante de sus ojos,  
¡cuánto menos el hombre,  
abominable y vil, que bebe  
la iniquidad como agua!  
Yo voy a instruirte, escúchame,  
y lo que he visto te referiré,  
lo que los sabios nos contaron  
sin ocultarnos nada, de sus padres  
a los cuales les fue dada la tierra  
y ningún extranjero pasó entre ellos.  
Al malo lo atormenta el dolor diario,  
los años del tirano están contados.  
Gritos de espanto llenan sus oídos,  
en plena paz vendrá quien lo despoje.  
No imagina volver de las tinieblas  
y lo aguarda el cuchillo.  
Buscará el pan en vano  
sabiendo que su ruina es inminente.  
La ansiedad y la angustia lo trastornan,

lo turban, como un rey pronto al combate.

Puesto que alzó su mano contra Dios  
y se atrevió a retar al Todopoderoso,  
embistió contra él, el cuello tenso,  
tras las macizas gibas de su escudo,  
porque cubrió su rostro con su grasa  
y untó sebo en sus flancos.

Y habitó las ciudades asoladas,  
casas deshabitadas a punto de caer.

No se enriquecerá  
ni será estable su fortuna,  
no afianzará en la tierra su raíz.

No escapará de las tinieblas,  
la llama secará sus brotes  
y morirán con el aliento de su boca.

Que no crea en la vanidad  
porque la vanidad será su recompensa.

Será talado antes de tiempo  
y sus ramas no reverdecerán.

Y perderá su agraz, como la vid,  
como el olivo tirará su flor.

Porque la sociedad de los hipócritas  
será desarraigada  
y el fuego asolará las sedes del soborno.

Quien concibe dolor, desgracia engendra,  
y sus vientres incuban decepción.

16

Y Job respondió, y dijo:

Muchas veces he oído argumentos como éstos;  
malos consoladores son ustedes.

¿No acabarán esas palabras huecas?,

¿o qué te animará a que les respondas?  
Yo podría también perorar como ustedes  
si estuvieran sus almas en lugar de la mía.  
Y les dirigiría mis palabras  
moviendo sobre ustedes la cabeza.  
Los reconfortaría con mi boca  
y los alentaría con mis labios.  
Pero hablo, y mi dolor no cesa;  
callo, y no se aparta de mí.  
Ahora estoy exhausto.  
Tú asolaste a los míos,  
me llenaste de arrugas;  
mi flacura es testigo:  
se yergue contra mí y me acusa en la cara.  
Su furor me desgarró y me persigue  
rechinando los dientes contra mí.  
Mi adversario aguzó contra mí su mirada.  
Y han abierto la boca en contra mía,  
afrentándome hieren mis mejillas  
y se congregan en mi contra.  
Dios me ha entregado a injustos,  
en manos de malvados me dejó.  
Estaba yo tranquilo y me golpeó,  
me agarró por la nuca y me despedazó.  
Me ha hecho blanco suyo,  
me cercó con sus flechas,  
me partió los riñones sin piedad  
y derramó mi hiel por tierra.  
Me quebrantó con pena sobre pena,  
irrumpió contra mí como un guerrero.  
Un cilicio cosí sobre mi piel  
y enterré la cabeza en el polvo.

Mi rostro está enlodado con el llanto,  
mis párpados amortecidos.  
A pesar de no haber injusticia en mis manos  
y de haber sido pura mi oración.  
¡Tierra, no sepultes mi sangre,  
que no quede en secreto mi clamor!  
Aún está en los cielos mi testigo,  
mi testimonio en las alturas.  
Mis amigos me afrentan,  
a Dios lloran mis ojos.  
¡Ah, si pudiera el hombre disputar  
con Dios como disputa con otro hombre!  
Los años por venir están contados  
y yo andaré el camino de donde no se vuelve.

17

Mi aliento se corrompe, mis días están contados,  
no me queda otra cosa que el sepulcro.  
¿Está conmigo sólo quien me afrenta  
y en su acrimonia se anegan mis ojos?  
Ahora dame fuerza para lidiar contigo.  
¿Quién va a querer si no estrecharme la mano?  
Tú cerraste su mente a la razón  
y no vas a ensalzarlos.  
El hombre que traiciona a sus amigos  
verá desfallecer los ojos de sus hijos.  
Él me ha hecho escarmiento de la gente,  
delante de ellos fui un ejemplo.  
Y mis ojos se nublan de pesar,  
mis miembros se oscurecen como sombra.  
Se maravillarán los justos de esto,  
contra el impío se indigna el inocente.

Pero el justo se afirma en su camino  
y los limpios de manos redoblarán su fuerza.  
Pero todos ustedes vengan aquí, regresen:  
no encontraré entre ustedes ningún sabio.  
Concluyeron mis días, mis deseos  
fueron desmadejados,  
las intenciones de mi corazón.  
Han hecho de la noche día  
y se acorta la luz frente a la oscuridad.  
Pues si espero, mi casa es el sepulcro,  
en las tinieblas extendí mi lecho.  
Y le grito a la fosa: ¡Eres mi padre!;  
a los gusanos: ¡Madre, hermanos!  
¿Donde pues está ahora mi esperanza?  
¿Y esa esperanza, alguno la verá?  
Descenderán conmigo hasta el sepulcro,  
juntos nos hundiremos en el polvo.

18

Y respondió Bildad de Suaj, y dijo:  
¿Cuándo pondrás un freno a las palabras?  
Reflexiona, y después hablaremos.  
¿Por qué considerarnos como bestias,  
viles ante tus ojos?  
Tú, que desgarras tu alma con tu furia,  
¿la tierra quedará por ti desierta?,  
¿se moverá la roca de su sitio?  
Se apagará la luz de los malvados,  
no brillará más su ardiente llama.  
La luz se extinguirá en su casa,  
su lámpara se apagará sobre él.  
Se acortarán sus pasos vigorosos

y lo perderá su consejo.  
Sus propios pies lo meten en la red,  
entre mallas camina.  
Lo atraparé por el talón un lazo  
y sobre él se apretará el cepo.  
El nudo está oculto en la tierra,  
la trampa en el sendero.  
Por todas partes lo acechan temores  
que lo hacen escapar despavorido.  
La ruina amaga hambrienta,  
la desdicha estará presta a su lado.  
Roerá el mal su piel, el primogénito  
de la muerte devorará sus miembros.  
Su confianza será robada de su casa  
y eso lo llevará ante el rey del terror.  
Ocuparán su tienda, que ya no será suya,  
esparcirán azufre en su morada.  
Se secarán abajo sus raíces  
y arriba cortarán sus ramas.  
Su memoria perecerá en la tierra,  
no guardarán su nombre en la comarca.  
Y de la luz será lanzado a las tinieblas  
expulsado del mundo.  
No tendrá descendientes en su pueblo,  
y ningún heredero en sus dominios.  
Su fin asombrará a los por porvenir  
igual que a los antiguos los atemorizó.  
Tales son las moradas del impío,  
éste será el lugar del que no sigue a Dios.

...

Y respondió Sofar de Naamat, y dijo:

Mi pensamiento me urge a que responda,  
por eso me apresuro.

Oí la reprensión de mi censura:

la inteligencia me hace replicar.

¿No sabes tú que siempre, en todo tiempo,

desde que el hombre está sobre la tierra,

la alegría del malo dura poco,

es efímero el gozo del hipócrita?

Aunque se remontara su altivez hasta el cielo

y tocara las nubes su cabeza,

perecerá con su estiércol para siempre.

Dirán los que lo vieron: '¿Dónde está?'

Volará como un sueño, y no lo encontrarán,

se esfumará como visión nocturna.

El ojo que lo vio nunca más lo verá

y su lugar no lo contemplará.

A los pobres tendrán que indemnizar sus hijos,

retornarán sus manos los bienes que él robó.

Sus huesos están llenos de su ansia juvenil

y serán sepultados en el polvo con él.

Si endulzó el mal su boca,

si lo oculta debajo de su lengua,

si le agradara y lo dejara ahí

y entre su paladar lo retuviera,

su comida se pudrirá en su vientre,

en su interior se volverá hiel de áspides.

Vomitara los bienes que engulló,

Dios los extraerá de sus entrañas.

Chupará la ponzoña de áspides,

lo matará lengua de víbora.

No verá los arroyos ni los ríos,  
los torrentes de leche y miel.  
Devolverá el trabajo según lo que tomó,  
sin consumirlo ni gozarlo,  
porque oprimió a los pobres con violencia,  
robó casas y no las construyó;  
porque su vientre se mostró insaciable  
no podrá recobrar lo que más codiciaba.  
Nada escapaba a su voracidad,  
por eso su ganancia no será duradera.  
Cuando esté en la abundancia sentirá la penuria,  
las desgracias en tromba se abatirán sobre él.  
En el momento de llenar su vientre  
Dios enviará sobre él el furor de su cólera,  
que lloverá sobre él y su comida.  
Querrá huir de las armas de hierro  
y lo traspasará el arco de acero.  
Saldrá una flecha por su espalda  
y una hoja fulgurante le atravesará el hígado.  
Sobre él vendrá el terror.  
Una densa tiniebla velará sus tesoros.  
Fuego que nadie atiza lo devora  
y consume lo que aún quedaba de su tienda.  
Los cielos pondrán su culpa al descubierto,  
la tierra se alzarán contra él.  
Los brotes de su casa menguarán,  
desparramados en el día de su cólera.  
Esta suerte al malvado Dios reserva,  
es la herencia que Dios le depara al impío.

...

Y Elifaz de Temán respondió, y dijo:

¿Le será provechoso el hombre a Dios  
porque el sabio sea útil a sí mismo?

¿Qué le importa al Señor que tú seas justo?,

¿qué gana si son rectos tus caminos?

¿Quizá porque te teme te corrige

y entra en juicio contigo?

¿O no será más bien por tu maldad

y tus culpas sin número?

Sin razón exigiste prendas a tus hermanos,

el vestido arrancaste al andrajoso,

no diste de beber agua al sediento

y al hambriento negaste la comida.

Pero el pudiente poseyó la tierra

y el distinguido vivió en ella.

Despachaste a las viudas con las manos vacías

y quebraste los brazos a los huérfanos.

Por eso te aprisionan ataduras

y te turba un espanto repentino.

La luz se hace tinieblas y te ciega

y un gran volumen de agua te sumerge.

¿No está Dios en la altura de los cielos?

¡Mira cómo se encumbran las estrellas, ve: qué altas!

¿Tal vez por eso dices: “Dios qué sabe?,

¿cómo percibirá a través del nublado?

Las nubes son un velo; así, no ve,

y anda por el circuito de los cielos.”

¿Pretendes tú seguir la antigua ruta

que los hombres perversos recorrieron?

Antes de tiempo fueron arrasados,

un río desbordado arrastró sus cimientos.

Le dijeron a Dios. “¡Aléjate!”  
¿Y qué les había hecho el Todopoderoso?  
Él era el que colmaba sus casas de ventura.  
¡Que su consejo esté lejos de mí!  
Los justos lo verán regocijados,  
y de ellos hará burla el inocente:  
“¡Acabaron con ellos  
y el fuego consumió lo que quedaba!”  
Amístate con él y tendrás paz,  
así tu dicha te será devuelta  
y el bien te cubrirá.  
Recibe la enseñanza de su boca,  
pon sus preceptos en tu corazón.  
Porque si procuraras al Todopoderoso  
alejarás de tu casa la aflicción  
y poseerás más oro que polvo  
y como los guijarros será el oro de Ofir,  
y el Todopoderoso será tu defensor;  
tendrás plata a montones.  
Te alegrarás entonces en el Omnipotente  
y levantarás la cara hacia Dios.  
Cuando lo invoques, él te escuchará,  
así podrás cumplir con tus promesas.  
Y todo lo que emprendas saldrá bien,  
y sobre tus caminos refulgirá la luz.  
Él abate el orgullo de los grandes  
y redime al que baja los ojos.  
Él salva al inocente;  
si tus manos son puras, él te liberará.

Y Job respondió y dijo:

Todavía hablaré con amargura:

es más grave mi llaga que mis quejas.

¡Si pudiera saber dónde encontrar a Dios,

cómo llegar hasta su propio trono!

Defendería mi causa frente a él,

llenaría mi boca de argumentos.

Sabría lo que fuera a replicar

y escucharía lo que me dijera.

¿Litigaré conmigo con todo su poder?

No, lo emplearía antes en mi contra.

El justo allí con él razonaría

y yo me libraría de mi juez para siempre.

Mas si voy al oriente, no está allí,

si voy al occidente, no lo encuentro,

voy al norte y tampoco puedo verlo,

voy al sur y no puedo descubrirlo.

Pero ya que él conoce mis caminos

que en su crisol me pruebe

y saldré como el oro.

Mi pie fue tras su rastro,

seguí, sin extraviarme, su camino.

No me aparté jamás de sus mandatos,

sus palabras guardé mejor que mi comida.

Si decide hacer algo, ¿quién se lo impedirá?

Lo que su alma desea, lo hace.

Así pues concluirá lo que me ha deparado,

como las otras decisiones tuyas.

Por eso me horrorizo en su presencia

y cuanto más lo pienso, más me espanta.

Dios me ha debilitado el corazón,

el Todopoderoso me ha turbado.  
No desaparecí en la oscuridad  
pero cubrió mi rostro con tinieblas.

24

No se ocultan los tiempos al Todopoderoso  
y los que lo conocen no contemplan sus días.  
Los malvados desplazan los linderos,  
y roban el ganado y lo apacientan.  
Al asno de los huérfanos se llevan,  
toman en prenda el buey de la que enviuda.  
Apartan al mendigo del camino  
y les huyen los pobres de la tierra.  
Para robar madrugan, como asnos del desierto,  
salen de madrugada a su tarea,  
el desierto es el pan para sus crías.  
Siegan su pasto en campo ajeno,  
viñas de otros vendimian los impíos.  
Al desnudo lo acuestan sin cobija,  
sin tener cobertura contra el frío.  
El turbión de los montes los empapa,  
se arriman a la roca sin abrigo.  
Al huérfano lo privan de sustento,  
toman en prenda los bienes del pobre.  
A los menesterosos desnudan de su ropa  
y al hambriento le quitan las gavillas.  
Exprimen el aceite entre dos muros  
y pisan los lagares y se mueren de sed.  
En la ciudad gimen los hombres,  
el herido de muerte pide auxilio,  
y Dios no presta oído.  
Rebeldes a la luz, son ellos

los que no conocieron sus caminos,  
los que no transitaron sus veredas.  
Al alba se levanta el asesino,  
para matar al pobre y al mendigo;  
de noche merodea el ladrón.  
El ojo del adúltero acecha en el ocaso.  
“Ninguno me verá” —dice, y se esconde.  
Y al caer las tinieblas ultrajan los hogares  
que marcaron de día. No conocen la luz.  
La mañana es para ellos como sombra de muerte.  
Si alguno los descubre se llenan de terror.  
Más que el agua inestables, su porción es maldita  
en la tierra; no pisan la senda de las viñas.  
Consume la sequía el agua de la nieve:  
igual la sepultura a aquellos que pecaron.  
De ellos se olvidará el seno materno;  
van a ser dulces para los gusanos.  
No habrá memoria de ellos,  
serán cortados como un árbol.  
A la mujer estéril, que no dio a luz, vejó  
y no benefició nunca a la viuda.  
Pero al fuerte excedió con su poder,  
se levantó y la vida ya no estuvo segura.  
Recibió suficiente, y se afirmó,  
sus ojos vigilaban sus caminos.  
Se encumbraron por poco, y ya no existen,  
pues como todos fueron abatidos;  
presos, los segarán, como crestas de espigas.  
¿Quién me desmentirá, si no?  
¿Alguno pondrá en duda mis palabras?

25

Y respondió Bildad de Suaj, y dijo:

El temor y la fuerza están con él,  
él mantiene la paz en sus alturas.  
¿Acaso tienen número sus tropas?  
¿Sobre alguno quizá no está su luz?  
¿Se justificará el hombre con Dios?,  
¿será limpio el nacido de mujer?  
Si la luna no brilla ni son puras  
las estrellas delante de sus ojos,  
¿cuánto menos el hombre, ese gusano,  
o el hijo de hombre, que es también gusano?

26

Y Job respondió y dijo:

¿En qué ayudaste al que no tiene fuerza?  
¿Has amparado al brazo decaído?  
¿Aconsejaste al que no sabe nada  
y le mostraste la sabiduría?  
¿A quién has dirigido tus palabras,  
de quién es el espíritu que ha salido de ti?  
Tiemblan muertos y vivos debajo de las aguas.  
Ante Dios el infierno está desnudo  
y el abismo se queda al descubierto.  
Él tendió el Septentrión sobre el vacío  
y suspendió a la tierra sin apoyo.  
Él encierra a las aguas en las nubes  
sin que éstas se desgarren con su peso.  
Él encubre la cara de su trono  
y esparce la neblina alrededor.  
Él confinó en sus límites las aguas  
hasta el fin de la luz y las tinieblas.

Las columnas del cielo se estremecen  
temerosas de su amonestación.  
Él quebranta los mares con su fuerza  
y con su entendimiento castiga al orgulloso.  
A su soplo los cielos resplandecen,  
su mano ha traspasado a la Serpiente.  
Este es sólo el principio de sus obras,  
del que apenas un eco percibimos.  
El trueno de su fuerza, ¿quién lo entiende?

27

Y Job prosiguió, y dijo:  
Vive Dios, que se aparta de mi causa,  
el Todopoderoso, que el alma me amargó.  
Todo el tiempo que mi alma siga en mí  
y el hálito de Dios aliente en mis narices  
mis labios no dirán iniquidad,  
ni mentiras mi lengua.  
Que jamás acontezca que yo los justifique:  
sostendré mi inocencia hasta la muerte.  
Me aferro a mi justicia, y no la soltaré;  
no me reprocha el corazón mis días.  
Que mi enemigo tenga la suerte del malvado,  
la del injusto mi adversario.  
¿Pues cuál es la esperanza del hipócrita,  
por más que haya robado, cuando Dios lo arrebate?  
¿Acaso escuchará Dios su gemido  
cuando venga sobre él la desventura?  
¿Su delicia será el Omnipotente  
y en todo instante querrá invocar a Dios?  
Yo les voy a explicar la conducta de Dios;  
no ocultaré secretos del Todopoderoso.

Y si todos ustedes ya lo vieron  
¿para qué esos inútiles discursos al vacío?  
Es la suerte que al malo Dios reserva,  
la herencia que el Potente les lega a los violentos.  
Si tiene muchos hijos, serán para la espada,  
y no se saciarán sus chiquitos de pan.  
Los que queden serán roídos por la muerte  
y sus viudas no lo lamentarán.  
Si amontonara plata como si fuera polvo  
y acumulara vestidos como fango,  
aunque los junte, el justo se vestirá con ellos  
y heredará la plata el inocente.  
Igual que una polilla edificó su casa,  
como cabaña que construye un guarda.  
Morirá siendo rico, y no le servirá  
pues cuando abra los ojos no será.  
Lo asaltan los terrores, como el agua,  
de noche un torbellino lo arrebató.  
Un viento sofocante lo asirá  
y él se disipará; la tempestad  
lo arrancará de su lugar.  
Descargará sobre él, y no perdonará,  
y buscará huir de su mano.  
Y batirán las palmas por su ruina,  
dondequiera que esté, le silbarán.

28

Tiene la plata minas y veneros,  
el oro sitios donde se depura.  
El hierro es extraído de la tierra,  
de la roca fundida sale el cobre.  
Un término se pone a las tinieblas

y hasta el extremo límite se excavan  
las rocas más sombrías.  
Los hombres abren galerías  
de todo pie olvidadas,  
y oscilan, suspendidos, lejos de los demás.\*  
La tierra, que da el pan,  
por dentro está abrasada por el fuego.  
Allí es el yacimiento del zafiro  
y del polvo del oro.  
El ave desconoce ese camino,  
jamás la divisó el ojo del buitre.  
No lo pisaron las fieras orgullosas  
y jamás el león lo atravesó.  
Pone su mano el hombre en el peñasco,  
descuaja las montañas de raíz,  
abre en las rocas cauces al torrente  
atento a lo que pueda ser valioso,  
explora el fundamento de los ríos,  
saca al sol los tesoros escondidos.  
Mas la sabiduría, ¿dónde se encontrará?  
¿Dónde se podrá hallar la inteligencia?  
Mas la sabiduría, ¿dónde se encontrará?  
¿Dónde se podrá hallar la inteligencia?  
El hombre no conoce su valor,  
no se encuentra en la tierra de los vivos.  
El abismo declara: “No está en mí”,  
y el mar: “No está conmigo”.

---

*\*Otra interpretación de este pasaje:*

Un torrente separa a los que horadan,  
aguas cuya profundidad los pies han olvidado  
y que luego se secan y se alejan del hombre.

No se da a cambio de ella oro macizo,  
ni se compra con plata,  
ni con oro de Ofir,  
ni con la cornalina ni el zafiro.  
No se iguala al cristal o al vaso fino,  
no cuentan a su lado los corales,  
las perlas y el topacio de Etiopía.  
¿Dónde se encuentra la sabiduría?  
¿Dónde se podrá hallar la inteligencia?  
Se sustrae a los ojos de los hombres  
y se oculta a los pájaros del cielo.  
El infierno y la muerte han confesado:  
“Sabemos de ella sólo por su fama.”  
Nada más Dios conoce sus caminos  
y sabe su morada,  
porque ve los confines de la tierra  
y todo lo que está bajo los cielos.  
Cuando dio peso al viento,  
cuando ordenó las aguas con medida,  
cuando impuso sus leyes a la lluvia  
y un camino al relámpago y al trueno,  
la vio entonces y la calificó;  
la escudriñó hasta el fondo, y dijo al hombre:  
“El temor del Señor  
es la sabiduría,  
apartarse del mal, la inteligencia.”

29

Y Job siguió con su discurso, y dijo:  
¡Quién me diera volver a aquellos días  
en que el Señor velaba sobre mí,  
su lámpara brillaba en mi cabeza

y a su fulgor marchaba en las tinieblas!  
¡Volver al tiempo de mi plenitud,  
cuando el favor de Dios resguardaba mi tienda  
y el Todopoderoso habitaba conmigo  
y alrededor de mí, mis hijos,  
y mis pies se lavaban en la leche  
y me daba la roca ríos de aceite!  
Cuando salía a la puerta, y en la plaza  
preparaban mi asiento,  
se escondían los jóvenes al verme  
y los ancianos se ponían de pie,  
los grandes refrenaban sus discursos  
cubriéndose la boca con la mano.  
La voz de los notables se ocultaba,  
su lengua se pegaba al paladar.  
Oídos que me oían me llamaban dichoso;  
daban todos los ojos testimonio de mí,  
pues yo libraba al pobre que clamaba  
y al huérfano privado de socorro.  
La bendición de aquellos a punto de morir  
sobre mí recaía, y el gozo de la viuda  
hacía cantar su corazón.  
La equidad me servía de túnica y turbante;  
era ojos para el ciego,  
era pies para el cojo,  
y era, además, el padre de los pobres:  
estudiaba la causa del extraño  
y quebraba los dientes del soberbio  
para obligarlos a soltar su presa.  
Y me decía: moriré en mi casa,  
después de muchos años, igual que la palmera.  
Mis raíces están cerca del agua

y el rocío desciende de noche a mi follaje.  
Crecerá mi prestigio, y en mis manos  
mi arco afirmará mi fortaleza.  
Me oían y esperaban, y guardaban silencio  
a mi consejo atentos; ninguno replicaba:  
gota a gota caían sobre ellos mis palabras.  
Me esperaban como esperan la lluvia  
y su boca se abría  
como se abren las tierras a las aguas tardías.  
Y si les sonreía, apenas lo creían,  
y la luz de mi rostro no se desvanecía.  
Y yo les indicaba su camino  
y a mi juicio los guiaba,  
como un rey que se asienta entre sus huestes.

30

Pero ahora soy burla de los jóvenes,  
aquellos cuyos padres no eran dignos  
de estar entre los perros del ganado,  
cuya fuerza me hubiera sido inútil  
pues habían consumido su vigor  
la miseria y el hambre.  
Roían las raíces de la estepa  
desolada y desierta, y recogían  
corteza y hierba de árboles  
y raíces de enebro por comida.  
Arrojados de en medio de los hombres,  
que gritaban tras ellos como tras un ladrón,  
vivían en las barrancas del torrente,  
en cuevas y entre rocas;  
y se oían bramar en la maleza,  
y se juntaban en los matorrales.

Chusma vil, despreciable,  
gente sin nombre, más viles que la tierra.  
Pero ahora me han hecho su canción,  
su refrán y su fábula.  
Me abominan, me esquivan, y aun se atreven  
a escupirme a la cara.  
Porque él soltó mi cuerda y me afligió  
ellos se desenfrenan contra mí.  
A mi derecha se yerguen los jóvenes:  
empujaron mis pies  
y enfilan contra mí sus pasos opresivos.  
Han destruido mi senda  
aprovechando mi dolor,  
y nadie me auxilió.  
Irrumpieron como por un boquete  
y en mi desdicha se ensañaron.  
Se han alzado terrores sobre mí:  
hostilizaron como el viento mi alma,  
como nube ha pasado mi salud.  
Y ahora se derrama mi alma en mí,  
se apoderan de mí días de aflicción,  
la noche me taladra hasta los huesos  
y no duermen las llagas que me roen.  
Dios me toma con fuerza del vestido,  
me ciñe como el cuello de mi túnica,  
me derriba en el fango  
y soy igual que el polvo y la ceniza.  
Si clamo a ti, no me oyes;  
si me presento a ti, no me haces caso.  
Te has vuelto cruel conmigo,  
con mano poderosa me persigues,  
me arrastras cabalgando sobre el viento,

me zarandeas con la tempestad.  
Yo sé bien que me llevas a la muerte,  
al lugar que es la casa de los vivos.  
Pero no extenderás tu mano sobre el túmulo,  
aunque ellos se lamenten cuando los despedaces.  
¿Acaso no lloré por los desposeídos?,  
¿y no se apiadó mi alma del mendigo?  
Esperaba yo el bien, y vino el mal;  
esperaba la luz, y vinieron tinieblas.  
Me hierven sin reposo las entrañas,  
me han abrumado días de aflicción.  
Por hermanos tengo hoy a los chacales,  
por compañeros a los búhos.  
Mi piel se ha ennegrecido, y no hay sol,  
me yergo en la asamblea sólo para gritar.  
Mis huesos se han quemado por la fiebre.  
Sólo sirve mi cítara para las elegías,  
mi canto, para las lamentaciones.

31

Había yo hecho pacto con mis ojos  
de no ver una virgen.  
¿Pues cuál es el reparto que hace Dios desde arriba,  
cuál la suerte que manda  
desde la altura el Todopoderoso?  
¿No es la desgracia para el hombre injusto  
y no es la adversidad para el impío?  
¿No mira él mis caminos  
y me cuenta los pasos?  
Si anduve con engaños, o mis pies  
corrieron hacia el fraude,  
pésame Dios en su balanza justa

y verá mi inocencia.  
Si mis pies se apartaron del camino  
y tras mi ojos fue mi corazón,  
y si a mis manos se adhirió una mancha,  
que otro se coma lo que sembré yo  
y sean arrancados mis renuevos.  
Si por una mujer mi corazón fue preso,  
y si estuve acechando a la puerta del prójimo,  
que muele mi mujer para algún otro  
y que otros se encorven sobre ella.  
Porque es una maldad e iniquidad  
que es preciso llevar ante los jueces,  
un fuego que devora hasta el sepulcro  
y que toda mi hacienda arrasaría.  
Si desdeñé el derecho de mi siervo y mi sierva  
en sus pleitos conmigo,  
¿qué haría cuando Dios se levantara?,  
y cuando investigara, ¿qué le respondería?  
¿No los formó en el vientre, igual que a mí,  
no nos dispuso el mismo en la matriz?  
Si a los pobres negué lo que anhelaban,  
si dejé decaer los ojos de la viuda,  
si a solas comí el pan,  
sin compartirlo con el huérfano  
(porque desde mi infancia  
me crió piedad de padre,  
y del seno materno salió conmigo);  
si miré al miserable sin vestido,  
si dejé al indigente sin cobijo,  
si no me bendijeron sus costillas  
sin que lo calentara el tibio  
vellón de mis ovejas;

si alcé la mano contra el huérfano  
porque me vi en la puerta respaldado,  
que mi espalda del hombro se separe  
y el húmero del brazo se desprenda.  
Porque temí la cólera de Dios  
y ante su majestad no tendría poder.  
Si coloqué en el oro mi esperanza,  
diciéndole: “Eres mi seguridad”;  
Si me jacté de que mis bienes aumentarán,  
de las riquezas que adquirió mi mano,  
y a la vista del sol resplandeciente  
y de la hermosa luna en su carrera  
en secreto embauqué a mi corazón  
para tirarles un beso con la mano,  
también hubiera sido grave falta,  
pues hubiera negado al Dios supremo.  
¿Acaso me alegré del mal de mi enemigo?,  
¿o me he regocijado  
cuando el mal lo alcanzó,  
yo, que no he permitido pecar a mi garganta  
maldiciendo su vida?  
¿La gente a mi servicio no decía:  
“¿Quién nos dirá de alguno  
que no se haya saciado de su carne?”  
El extranjero nunca pasó la noche afuera.  
Mi puerta estaba siempre abierta al caminante.  
¿Encubrí, como un hombre, mis pecados  
ocultando en el pecho mi maldad  
por temor a las gentes,  
por miedo a las familias, y callé  
sin atreverme ni a cruzar la puerta?  
¿Quién me diera que alguno me escuchara!

Porque estoy convencido que el Todopoderoso  
iba a testificar en mi favor  
aún si mi adversario redactara  
un libelo en mi contra;  
lo llevaría yo sobre mi espalda  
y me lo ceñiría igual que una corona.  
Le daré estrecha cuenta de mis pasos  
y, lo mismo que un príncipe, avanzaré hacia él.  
Pues si mi tierra clama contra mí  
y sus surcos sollozan,  
si comí sus productos sin pagarlos  
y les atormenté el alma a sus dueños,  
que me nazcan abrojos y no trigo,  
y en lugar de cebada coja espinas.  
Aquí acaban las palabras de Job.

...

38

Y desde un torbellino Dios respondió a Job, y dijo:  
¿Quién es éste que empaña mi Consejo  
con argumentos sin sabiduría?  
Fájate como un hombre,  
que voy a preguntarte, tú me responderás:  
¿Dónde estabas cuando hice yo la tierra?  
Dímelo, si lo sabes.  
¿Sabes quién señaló sus dimensiones  
o quién tendió sobre ella su cordel?  
¿En qué base descansan sus cimientos?;  
y su piedra angular, ¿quién la asentó  
entre las alabanzas de los astros del alba  
y las aclamaciones de los hijos de Dios?

¿Quién encajonó al mar entre dos puertas  
cuando se derramaba saliéndose de madre,  
cuando le di las nubes por vestido,  
las tinieblas por faja,  
y establecí sobre él mi decreto y le puse  
postigos y cerrojos,  
y dije: “Vendrás hasta aquí  
pero no más allá, y ahí se detendrá  
la hinchazón de tus olas?”

¿Has mandado, en tu vida, a la mañana  
y mostrado a la aurora su lugar  
para que ocupe los confines de la tierra  
cuando sacude de ella a los malvados?  
Se modifica como arcilla bajo el sello  
y se tiñe lo mismo que un vestido;  
quita entonces la luz a los impíos  
y el brazo que se alzaba es quebrantado.

¿Has descendido al fondo del océano  
y has escudriñado el abismo?

¿Te han mostrado las puertas de la muerte,  
has visto a los porteros del país de la sombra?

¿Mediste alguna vez la extensión de la tierra?  
Respóndeme, si sabes, estas cosas.

¿Por dónde va el camino que conduce a la luz  
y en dónde está el lugar de las tinieblas,  
para que guíes a ambas a sus términos  
y te muestren la senda de su casa?

¿Lo sabes porque habías ya nacido  
y es muy larga la cuenta de tus días?

¿Has ido a los depósitos de nieve,  
y visto las reservas de granizo  
que guardo para el tiempo de la angustia,

para el día de guerra y de combate?  
¿Cuál es la dirección en que irradia la luz  
y el viento del oriente sopla sobre la tierra?  
¿Quién ha abierto un canal al aguacero  
y una ruta al relámpago y al trueno  
para que llueva sobre la tierra inhabitada,  
sobre el desierto, donde nadie vive,  
y se saturen los terrenos desolados  
e incultos, y brote hierba tierna?  
¿Tiene padre la lluvia?  
¿Quién engendra las gotas de rocío?  
¿El hielo, de qué vientre sale?,  
¿y la escarcha del cielo, quién la crea?  
Las aguas se endurecen como piedra  
y se solidifica  
la superficie del abismo.  
¿Puedes juntar los lazos de las Pléyades  
o desatar los vínculos de Orión?  
¿Sacarás a su tiempo los signos de los cielos,  
conducirás a la Osa y a sus hijos?  
¿Conoces tú las leyes de los cielos  
y dispones de su influjo en la tierra?  
¿Levantas tú la voz hasta las nubes  
para que te obedezca la masa de las aguas?  
¿Mandas a los relámpagos  
y ellos vienen, diciéndote: “Aquí estamos?”  
¿Quién puso en las entrañas el saber  
y le dio entendimiento al corazón?  
¿Quién pudo computar las nubes sabiamente?  
¿Quién inclina los odres de los cielos  
cuando el polvo se encostra y se apretujan  
entre sí los terrones?

¿Le cazas tú la presa a la leona  
para saciar el hambre de sus hijos,  
cuando están en la cueva, o al acecho  
agazapados entre la maleza?

¿Quién le prepara al cuervo su alimento  
cuando sus pollos claman hacia Dios  
y se debaten faltos de comida?

¿Sabes tú cuándo paren las gamuzas?

¿Has asistido al parto de las ciervas  
y contado sus meses de preñez?

¿has conocido el tiempo de su parto?

Se acurrucan y expelen a sus crías  
dando grandes bramidos.

Sus hijos crecen sanos, se alimentan de pasto,  
y se alejan, y no vuelven a ellas.

¿Quién ha dejado al asno salvaje en libertad?,

¿quién desató sus ataduras,

al cual yo di el desierto por morada,

por mansión la llanura salitrosa?

Se burla del fragor de la ciudad

y no escucha las voces del arriero.

Los breñales del monte son su pasto

y anda en busca de todo lo que es verde.

¿Querrá el rinoceronte ponerse a tu servicio

y pasará la noche en tu pesebre?

¿Podrás atarle al yugo con coyundas

y hacerle arar los surcos tras de ti?

¿Por ser grande su fuerza, vas a confiar en él

y vas a encomendarle tu labor?

¿Le fiarás que levante tu cosecha

irá a trillarte las mieses en tu era?

¿Del avestruz el ala se compara  
a la de la cigüeña y del halcón?  
Abandona sus huevos en la tierra,  
en la arena los deja calentarse,  
sin pensar que los pies podrán pisarlos  
o una bestia salvaje deshacerlos.  
Desampara a sus hijos cual si fueran ajenos,  
lo vano de su esfuerzo no lo inquieta  
porque Dios le negó sabiduría,  
no le dio inteligencia.  
Pero cuando se yergue, agitando las alas,  
se burla del caballo y su jinete.  
¿Podrás animar de brío al caballo?,  
¿hiciste que el relincho forrara su cerviz?  
¿Le enseñaste a saltar como langosta?  
El resuello de su nariz es formidable:  
piafa en el valle, alegre de su fuerza,  
y arremete al encuentro de las armas;  
nada teme, se burla del espanto,  
no recula delante de la espada.  
Sobre él vibran la aljaba,  
el hierro de la lanza y del escudo;  
y él escarba la tierra con ímpetu y furor  
sin que lo turbe el son de los clarines.  
Al sonar la trompeta dice: “¡Ea!”,  
y huele desde lejos la batalla,  
los voces de los jefes, y el estrépito.  
¿Por tu causa el halcón levanta el vuelo  
y despliega sus alas hacia el sur?  
¿Por orden tuya se remonta el águila  
y construye su nido en las alturas?

Ella habita en los riscos,  
en la cumbre de peñas y de rocas.  
Acecha desde allí a su presa,  
sus ojos la divisan desde lejos.  
Sus pollos lamen sangre,  
y donde haya un cadáver, allí está.  
Y añadió Dios, y dijo a Job:  
¿Es sabio disputar con el Omnipotente?  
¿El que arguye con Dios va a responder?  
Y Job respondió a Dios, y dijo:  
Sí, soy un miserable, ¿qué puedo responder?  
Me taparé la boca con la mano.  
Hablé una vez, y ya no diré nada,  
acaso dos, y nada añadiré.

40

Y desde el torbellino Dios respondió a Job, y dijo:  
Fájate como un hombre,  
que voy a preguntarte, tú me responderás.  
¿Intentas en verdad romper mis juicios?,  
¿me vas a condenar  
con tal de quedar tú justificado?  
¿Tienes un brazo tú como el de Dios  
y atruenas con tu voz, como Dios con la suya?  
Revístete de gloria y majestad,  
cúbrete de esplendor y de grandeza.  
Esparce los furores de tu cólera,  
y mira al arrogante y desbarátalo;  
derriba, con mirarlo, al orgulloso  
y aplasta a los malvados en su sitio.  
Encúbrelos a todos en el polvo,  
venda sus rostros en la oscuridad.

Entonces yo también confesaré  
que tu diestra te ha dado la victoria.  
Observa al Behemot,  
criado por mí, como lo fuiste tú,  
que vive de la hierba, como el buey,  
cuya fuerza reside en sus riñones,  
su vigor en los músculos del vientre  
y levanta la cola como un cedro.  
Los nervios de su sexo están entrelazados.  
Sus huesos son tan fuertes como placas bronce,  
sus miembros como barras de hierro.  
De las obras de Dios, es la primera;  
sólo el que lo hizo puede acercarle su espada.  
Los montes le procuran alimento  
y las bestias salvajes que retozan en ellos.  
Se recuesta debajo de los lotos,  
en medio de las cañas del pantano;  
los árboles lo cubren con su sombra,  
lo circundan los sauces del torrente,  
no se inmuta aunque vaya fuerte el río,  
aunque suba el Jordán hasta su boca.  
¿Podrá alguno tomarlo por los ojos  
y horadar su nariz con una estaca?

41

¿Pescarás con anzuelo al Leviatán  
y con cuerdas sujetarás su lengua?  
¿Le meterás un garfio en las narices  
u horadarás con ganchos su quijada?  
¿Él será quien te ruegue muchas veces  
y te hable amablemente?

¿Hará un pacto contigo  
y estará a tu servicio de por vida?  
¿Jugarás tú con él,  
los mismo que se juega con un pájaro?  
¿Lo atarás, para gozo de tus niñas?  
¿Harán de él un banquete tus amigos?  
¿Se lo repartirán entre los mercaderes?  
¿Podrás acribillar su piel con dardos  
o el arpón clavarás en su cabeza?  
Pon la mano sobre él:  
te quedará el recuerdo de una lucha  
a la que nunca más has de volver.  
Toda esperanza en él es infundada  
pues su sola presencia paraliza.  
Ninguno es tan audaz que lo despierte.  
¿Quién pues podrá estar frente a mí?  
¿Y quién me anticipó, para que yo le pague?  
Es mío todo lo que existe bajo el cielo.  
¿Qué diré de sus miembros,  
de su vigor y fuerza incomparables?  
¿Quién abrió por delante su vestido  
y quién perforó su coraza doble?  
¿Quién abrirá las puertas de su cara?  
Espanta ver el cerco de sus dientes.  
La gloria de su dorso son escudos de acero,  
apiñado de escamas que se aprietan,  
tan unidos el uno con el otro  
que el viento no entra entre ellos,  
pegados de tal modo, trabados entre sí,  
que es imposible separarlos.  
Cuando estornuda enciende lumbre,  
y sus ojos son como los párpados del alba.

Su boca saca llamas y centellas de fuego,  
de su nariz sale humo  
como de una olla o de un caldero hirviente.  
A su aliento se encienden los carbones,  
y salen llamaradas de sus fauces.  
La potencia reside en su cerviz  
y se esparce el espanto frente a él.  
Las partes de su carne se ajustan entre sí  
tan apretadamente que son inseparables.  
Su corazón es duro como roca  
y fuerte como piedra de molino.  
De su grandeza sienten temor los poderosos,  
y a causa de su miedo buscan purificarse.  
La espada que lo alcance no se clava,  
ni la lanza ni el dardo ni la pica,  
porque el hierro es para él como la paja  
y el bronce como leños carcomidos.  
No lo ahuyentan las flechas del arquero,  
las piedras de la honda para él son hojarasca,  
la maza es una astilla,  
se burla de la pica que alguien blanda.  
Tiene debajo de él tejas agudas  
que imprimen sus rebordes en el suelo.  
Hace hervir lo profundo del mar, como una olla,  
como hirviente caldero con ungüentos,  
y deja tras de sí una estela blanca  
que parece que el mar tuviera canas.  
No hay en la tierra nadie que le iguale  
pues fue hecho para no temerle a nada.  
Mira a la cara todo lo que es alto:  
es el rey de los hijos del orgullo.

Y Job respondió a Dios, y dijo:

Yo sé que puedes todo,  
que ningún pensamiento se te esconde.

Era yo el que empañaba tu Consejo  
con argumentos sin sabiduría.

Argumentaba lo que no entendía,  
cosas que están ocultas, y que ignoro.

Escúchame, te ruego, y hablaré,  
te preguntaré, y tú me enseñarás.

Yo sabía de ti sólo de oídas  
pero hoy te he visto con mis propios ojos,  
por eso me aborrezco, y me arrepiento  
en el polvo y en la ceniza.

---